

c) Situación del colonialismo y neocolonialismo en América Latina y el Caribe, y en el mundo

LA LUCHA DE NUESTROS PUEBLOS CONTRA LAS NUEVAS FORMAS DE COLONIZACIÓN.

Edith Tania Vilca Uchuypoma
Secretaria Nacional de la Mujer
Partido Comunista Peruano.

En 1965 Kwame Nkrumah, primer Presidente de la Ghana independiente, escribió que:

“... El conflicto entre ricos y pobres en la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, que se libró entre ricos y pobres en las naciones desarrolladas del mundo, terminó en un acuerdo. [...] En los países industrialmente más desarrollados, el capitalismo, lejos de desaparecer, se fortaleció infinitamente. Esta fortaleza solo se logró sacrificando dos principios que habían inspirado el capitalismo temprano: la subyugación de las clases trabajadoras dentro de cada país y la exclusión del Estado de cualquier influencia en el control de la empresa capitalista.

Al abandonar estos dos principios y sustituirlos por "estados de bienestar" basados en altos niveles de vida para la clase trabajadora y en un capitalismo regulado por el Estado en el país, los países desarrollados lograron exportar sus problemas internos y transferir el conflicto entre ricos y pobres del escenario nacional al internacional.

Marx argumentó que el desarrollo del capitalismo produciría una crisis dentro de cada Estado capitalista, ya que dentro de cada uno la brecha entre los que "tienen" y los que "no tienen" se ampliaría hasta tal punto que el conflicto sería inevitable y serían los capitalistas los derrotados. La base de su argumento no se invalida por el hecho de que el conflicto, que él había predicho como nacional, no se desarrolló en todas partes a escala nacional, sino que se trasladó al escenario mundial. El capitalismo mundial ha pospuesto su crisis, pero solo a costa de transformarla en una crisis internacional. El peligro ahora no es una guerra civil dentro de los Estados individuales, provocada por las condiciones intolerables dentro de ellos, sino una guerra internacional provocada en última instancia por la miseria de la mayoría de la humanidad, que cada día se empobrece más.”¹

Estas ideas son una confirmación del pronóstico leninista sobre la imposibilidad de las revoluciones burguesas en la periferia capitalista en la época del imperialismo.

Ese dominio del imperialismo, se implementa a través de sus políticas coloniales y neocoloniales, para lo cual necesitan de aliados internos. Las características sociales de estos aliados y las estructuras que utilizan, es lo que debemos analizar permanentemente, pues el Capitalismo Monopólico de Estado y el imperialismo cambia de táctica en cada etapa de la lucha geopolítica mundial.

1. Del viejo colonialismo, al neocolonialismo del Siglo XXI.

En línea con el pensamiento de Kwame Nkrumah, el colonialismo es, en esencia, una forma de parasitismo: la extracción forzada de los recursos del pueblo colonizado. Esta dinámica se convirtió en un fenómeno global a partir del surgimiento del capitalismo mercantil en el siglo XV, dando lugar a un sistema de control económico, político, militar e ideológico ejercido directamente desde las metrópolis.

¹ Nkrumah, Kwame. El neocolonialismo, la última etapa del imperialismo. Primera edición: Thomas Nelson & Sons, Ltd., Londres, 1965.

El colonialismo en la era de la mundialización se instauró en el siglo XV y perduró hasta el siglo XX, constituyéndose en el fundamento del desarrollo del capitalismo en sus etapas mercantil, industrial y financiera. Para asegurar los intereses capitalistas, se recurrió a regímenes de trabajo precapitalistas, como la esclavitud y la servidumbre feudal.

Fue en el siglo XX cuando el colonialismo comenzó a ser cuestionado de forma generalizada. El principio de autodeterminación de los pueblos y el impacto de las guerras mundiales impulsaron las ideas emancipadoras, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial. La ONU desempeñó un papel clave en los procesos de descolonización, los cuales sacaron a la luz la brutalidad ejercida por las potencias occidentales, autodenominadas civilizadas, en África y Asia.

Aunque aún quedan territorios por descolonizar², el colonialismo dejó legados aún vigentes y funcionales, entre ellos, estructuras políticas internacionales presentadas como entidades de “cooperación” o “mancomunidades”, así como la configuración de nuevas naciones determinadas por correlaciones de fuerzas internas que favorecían los intereses geoestratégicos de las potencias europeas. Estos elementos jugaron un papel crucial en el desarrollo de la globalización proimperialista tras la Segunda Guerra Mundial, al permitir que Occidente mantuviera el control sobre recursos naturales, rutas comerciales y mercados. Este control, a su vez, definió las relaciones entre el llamado “Occidente colectivo” y el Sur Global.

2. El neocolonialismo del Siglo XX.

Retomando el pensamiento de Kwame Nkrumah, fue él quien utilizó por primera vez el término “neocolonialismo” en 1965 para describir las relaciones económicas que permitían seguir explotando a las antiguas colonias, incluso después de haber alcanzado su independencia política. En este sentido, Nkrumah escribió: ***“El resultado del neocolonialismo es que el capital extranjero se utiliza para explotar las partes menos desarrolladas del mundo. Las inversiones bajo el neocolonialismo amplían, no reducen, la brecha entre ricos y pobres países del mundo”***.³

El neocolonialismo, como ahora resulta evidente, se implementó mediante métodos encubiertos y acuerdos secretos, al margen del conocimiento y control de la comunidad internacional. A través de este nuevo modelo de dominación, se llevó a cabo una expansión ideológica, se establecieron interacciones económicas dependientes y se forjaron relaciones político-militares profundamente desiguales entre las antiguas colonias y las antiguas metrópolis. El neocolonialismo del siglo XX representó la sistematización consciente de una estrategia desarrollada por el llamado “Occidente colectivo” para consolidar su influencia en América Latina, tanto durante como después de los procesos de independencia frente a España en los siglos XIX y XX.

Tras la descolonización forzada de África y Asia en el siglo XX, las antiguas metrópolis establecieron mecanismos para perpetuar prácticas de intercambio colonial con sus excolonias, recurriendo a diversos medios de coerción. Entre ellos se incluyen la presión financiera y económica cuando ciertos países intentan implementar políticas independientes; la injerencia en procesos electorales para promover élites subordinadas en Estados dependientes; y la imposición de una falsa disyuntiva entre regímenes “democráticos” y “autoritarios”, con el fin de legitimar intereses externos.

Un ejemplo ilustrativo es la condición impuesta por Estados Unidos para conceder la independencia a Filipinas: el mantenimiento de bases militares en su territorio. Asimismo, los acuerdos de descolonización firmados con Francia obligan a 14 países africanos a depositar el 85 % de sus reservas financieras en el Banco Nacional Francés⁴, como parte de las “obligaciones”

² Anguila, Bermudas, Islas Caimán, Islas Malvinas, Islas Turcas y Caicos, Islas Vírgenes Británicas, Islas Vírgenes de los Estados Unidos, Montserrat, Pitcairn, Santa Elena, Tokelau, Samoa Americana, Guam, Nueva Caledonia, Polinesia Francesa, Sahara Occidental y Gibraltar

³ Nkrumah, Kwame. Op. Cit.

derivadas de su independencia. Este tipo de medidas recuerda la deuda impuesta a Haití por Francia en 1825, que ascendía a 150 millones de francos oro como compensación por su independencia lograda en 1804.

En esencia, el colonialismo francés en África no desapareció con la independencia formal de sus antiguas colonias, sino que se transformó en un neocolonialismo tutelar, que se ha mantenido durante más de seis décadas. Este modelo se sostuvo en varios pilares: el control financiero y monetario, la influencia militar, la dependencia lingüística y cultural, y la intervención directa en los asuntos internos de estos países.

En el plano militar, Francia ha mantenido una presencia activa a través de bases militares permanentes (como en Níger, Chad, Costa de Marfil y Senegal), y ha llevado a cabo más de 50 intervenciones militares en África desde 1960, según cifras del Ministerio de Defensa francés. La venta de armamento de fabricación francesa también forma parte del paquete neocolonial, convirtiendo a África en un mercado cautivo de la industria de defensa gala.

En el campo cultural, el mantenimiento del francés como idioma oficial —incluso en contextos donde las lenguas locales tienen mayor presencia— refuerza una dependencia simbólica y educativa que limita la soberanía cultural de estos países.

Por su parte, en América Latina, el neocolonialismo adoptó formas diferentes, pero igualmente efectivas. Tras las independencias del siglo XIX, las nuevas repúblicas cayeron bajo la influencia de potencias extranjeras, particularmente Estados Unidos y Gran Bretaña. En el siglo XX, el neocolonialismo se manifestó a través de alianzas entre las oligarquías locales —terratenientes, industriales, élites militares y plutocracias bancarias— y los intereses de las potencias extranjeras. Este modelo fue consolidado por dictaduras militares apoyadas por Washington durante la Guerra Fría, bajo la doctrina de “seguridad nacional”, que justificaba la represión interna como parte de la lucha global contra el comunismo.

Esta estrategia resultó funcional para los intereses extranjeros hasta que las masas populares y los sectores democráticos comenzaron a organizarse y disputar el poder político, especialmente a partir de las décadas de 1980 y 1990, con la emergencia de movimientos sociales, partidos progresistas y gobiernos populares.

Sin embargo, el fin de la Guerra Fría y el ascenso del orden unipolar liderado por Estados Unidos generaron una reconfiguración de las tácticas neocoloniales. En lugar de ocupaciones militares directas, las nuevas estrategias se centraron en el endeudamiento externo a través de organismos multilaterales como el FMI y el Banco Mundial, la imposición de reformas estructurales, la firma de tratados de libre comercio asimétricos y la penetración del capital transnacional en sectores estratégicos como la energía, los recursos naturales y las telecomunicaciones. A ese sistema y a esos actores socio políticos es a los que nos enfrentamos hoy.

3. El neocolonialismo del Siglo XXI: del control político-económico al sicariato de las mafias políticas.

El neocolonialismo del siglo XXI, como continuación de la expansión imperialista, ha desarrollado nuevos instrumentos de dominación que integran los principales elementos del neocolonialismo del siglo XX, tal como fueron definidos en la Conferencia Panafricana de 1961⁴. No obstante, tras la

⁴ Francia conserva desde 1961 las reservas nacionales de catorce países africanos: Benín, Burkina Faso, Guinea-Bissau, Costa de Marfil, Malí, Níger, Senegal, Togo, Camerún, República Centroafricana, Chad, Congo, Guinea Ecuatorial y Gabón.

⁵ “Manifestaciones del Neocolonialismo

La Conferencia denuncia las siguientes manifestaciones del Neocolonialismo en África:

caída del bloque socialista, se han ampliado y sofisticado las estrategias neocoloniales, consolidando formas como las criptocolonias, los sistemas de coerción entre Estados, las alianzas entre Estados y corporaciones, y la integración del capital financiero en el complejo militar-industrial.

A partir de la década de 1990, se profundizan procesos de fusión entre el capital financiero, el conservadurismo político y propuestas aparentemente “liberales”, como el conservacionismo o la lucha contra el cambio climático, utilizadas como nuevos vehículos de legitimación del orden dominante. En paralelo, el imperialismo refuerza su control ideológico a través de la llamada “batalla cultural”, con el objetivo de moldear percepciones, valores y marcos de interpretación en función de sus intereses estratégicos.

Un aspecto fundamental de este periodo ha sido el surgimiento y consolidación de un sistema de impunidad, basado en alianzas entre el capital financiero y las fuerzas oscuras de la economía informal, así como mafias organizadas que mercantilizan la política. Estas redes ilícitas no solo perpetúan la corrupción, sino que también recurren al sicariato político para eliminar opositores y garantizar el control territorial y económico. Según el Informe Global de Corrupción 2023 de Transparencia Internacional, América Latina registra algunos de los índices más altos de corrupción estructural, vinculada frecuentemente a la infiltración del crimen organizado en las instituciones públicas. Estudios del Banco Mundial también evidencian que la economía informal en la región representa hasta un 50% del PIB en varios países, facilitando el lavado de activos y la financiación ilícita de grupos criminales. Este entramado de intereses entre capital formal e informal fortalece la impunidad y socava gravemente la gobernabilidad democrática.

Otro ejemplo de esta corrupción sistémica es el modelo de las criptocolonias: una nueva forma de expansión neocolonial que se manifiesta mediante el establecimiento de enclaves territoriales en otros países, como es el caso de Puerto Rico, donde supuestos “emprendedores” instalan sedes matrices de empresas vinculadas a criptomonedas y minería digital. Bajo el pretexto de crear un “ecosistema libre” de regulación estatal, estos enclaves ofrecen entornos fiscales extremadamente favorables, lo que permite a grandes capitales transnacionales maximizar sus beneficios, generar dinero ficticio y facilitar el lavado de activos provenientes de actividades ilícitas. Puerto Rico, por ejemplo, se ha convertido en un paraíso crypto impulsado por leyes como el Act 60, que exime de impuestos a inversionistas extranjeros, atrayendo así capitales especulativos sin beneficios tangibles para la población local.

La llegada de Donald Trump al poder en Estados Unidos marcó una radical reconfiguración del neocolonialismo, caracterizada por el abandono del lenguaje diplomático y el retorno abierto a las prácticas clásicas del imperialismo. Su administración no intentó disimular la dominación global,

(a) Gobiernos títeres representados por secuaces e incluso elecciones fabricadas, basadas en algunos jefes, elementos reaccionarios, políticos antipopulares, grandes burgueses compradores o funcionarios civiles o militares corruptos.

(b) Reagrupamiento de estados, antes o después de la independencia, por una potencia imperial en federación o comunidades vinculadas a esa potencia imperial.

(c) Balcanización como una política deliberada de fragmentación de estados mediante la creación de entidades artificiales como Katanga, Mauritania, Buganda, etc.

(d) El afianzamiento económico de la potencia colonial antes de la independencia y la continuidad de la dependencia económica después del reconocimiento formal de la soberanía nacional.

(e) Integración en bloques económicos coloniales que mantienen el carácter subdesarrollado de la economía africana.

(f) Infiltración económica por una potencia extranjera después de la independencia, a través de inversiones de capital, préstamos y ayuda monetaria, o expertos técnicos bajo concesiones desiguales, particularmente aquellas que se extienden por largos periodos.

(g) Dependencia monetaria directa, como en aquellos estados independientes emergentes cuyas finanzas siguen estando directamente controladas por las potencias coloniales.”

sino que la asumió de forma explícita: recurrió al chantaje militar y económico, amplió la jurisdicción extraterritorial de los tribunales estadounidenses, impulsó guerras comerciales para excluir a sus competidores de los mercados internacionales, y promovió guerras tecnológicas para frenar el desarrollo de potencias emergentes como China. Bajo esta lógica, el imperialismo estadounidense bajo Trump llegó incluso a exigir a sus aliados armamento, financiación y cesión de recursos naturales como moneda de cambio por su “protección”.

Por otra parte, el neocolonialismo del siglo XXI también se ha reconfigurado bajo el disfraz del llamado “capitalismo verde”, que utiliza la conservación ambiental y la lucha contra el cambio climático como instrumentos de dominación. Esta estrategia, de apariencia progresista, encubre prácticas de expropiación territorial, especialmente sobre tierras habitadas por pueblos originarios, así como nuevos mecanismos de endeudamiento externo asociados a la adquisición de tecnologías “verdes”. En Argentina, por ejemplo, más de 1.020.000 hectáreas de bosques se encuentran actualmente en manos de inversionistas privados y fondos extranjeros, sin incluir las 800.000 hectáreas controladas por el fondo de inversión de la Universidad de Harvard, lo que evidencia cómo la conservación ambiental es utilizada como coartada para apropiarse de bienes comunes y recursos estratégicos.

El Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales⁶, afirman que: **«Lo que las corporaciones y los grandes grupos conservacionistas llaman "soluciones basadas en la naturaleza" es una distracción peligrosa. Su concepto de marketing se disfraza con datos no comprobados y erróneos, y con la afirmación de que la idea puede proporcionar una reducción del 37 % del CO2 para 2030».**

Así mismo sostienen que: **«las soluciones basadas en la naturaleza no son una solución, son una estafa. Las supuestas soluciones resultarán en “despojos basados en la naturaleza”, ya que cercarán los espacios vitales restantes de los pueblos indígenas, los campesinos y otras comunidades que dependen de los bosques y reducirán la “naturaleza” a un proveedor de servicios para compensar la contaminación de las corporaciones y proteger las ganancias de las corporaciones más responsables del caos climático».** La pregunta entonces es: ¿quién está detrás de la iniciativa para convertir Latino América y África en un sumidero de carbono corporativo del capitalismo verde?, ¿el movimiento social debe seguir de manera irreflexiva esta agenda?, responder estas preguntas es vital para orientar las luchas sociales y democráticas.

En realidad esta política no solo permitirá a los mayores contaminadores del mundo continuar con su modelo de lucro de extracción y emisión de combustibles fósiles, sino que también, en asociación líderes como el presidente de la Unión Africana, Yousoff, impulsar **“falsas soluciones”** para convencer a los jóvenes que esa expropiación de sus tierras ancestrales es **“progreso”** y disfrazando la proletarianización forzada con cifras positivas de **“crecimiento de la fuerza laboral”** que, según se prevé en el África, serán las más altas del mundo del para año para 2035, sin mencionar los datos sobre las condiciones de trabajo, servicios y salubridad, que son los más bajos del mundo.

El llamado financiamiento climático —particularmente a través de los mercados de carbono y las denominadas “soluciones basadas en la naturaleza” (NbS, por sus siglas en inglés)— se perfila como una nueva vía para el avance del neocolonialismo verde. Estos mecanismos, promovidos por organismos multilaterales y grandes corporaciones tecnológicas, están siendo utilizados para adquirir, controlar o influir sobre vastos territorios en el Sur Global, en nombre de la mitigación climática. Organizaciones como Friends of the Earth International y el Transnational Institute han denunciado que tales esquemas a menudo resultan en “lavado verde” y en la expropiación silenciosa de tierras indígenas y campesinas, bajo la excusa de compensar emisiones contaminantes generadas en el Norte Global.

⁶ <https://www.wrm.org.uy/declarations/statement-no-to-nature-based-solutions>.

Además, el despliegue militar del Comando África de los Estados Unidos (AFRICOM) refuerza esta lógica de dominación. Según el Africa Center for Strategic Studies, AFRICOM tiene presencia en más de 30 países africanos mediante bases, misiones de entrenamiento y operaciones encubiertas. Aunque su narrativa oficial se centra en la “lucha contra el terrorismo”, numerosas investigaciones —como las del Quincy Institute for Responsible Statecraft— muestran que su verdadero objetivo es garantizar el acceso y control sobre recursos estratégicos, actuando como brazo armado del capital corporativo estadounidense, una dinámica ya observada en el Medio Oriente con la militarización de regiones ricas en petróleo.

En Latinoamérica, esta lógica neocolonial no solo se reproduce mediante el accionar de algunas ONG ambientalistas, que —con excepciones— responden a agendas externas, sino que también se ve reforzada por actores ilegales como el narcotráfico, la minería y la tala ilegal. Estas actividades están estrechamente vinculadas con la trata de personas y el sicariato político y económico, conformando un entramado criminal con alto grado de impunidad.

Es crucial señalar que, en el caso específico de la minería y tala ilegal, estas no actúan en un vacío. Diversos informes del Global Witness y de la Red Amazónica de Información Socioambiental Georreferenciada (RAISG) demuestran que empresas formales son los principales compradores de los recursos extraídos ilegalmente, estableciendo con estos actores relaciones de “tercerización” que les permiten ampliar su producción más allá de los límites legales, desarrollar actividades fuera de las zonas concesionadas, evadir impuestos, reducir costos y eludir responsabilidades laborales y ambientales. Este sistema beneficia mutuamente a las grandes empresas y a redes criminales, consolidando un modelo económico depredador.

En cuanto al narcotráfico, su papel va más allá del tráfico de drogas: actúa como financista de actividades ilegales extractivas y, a través de sofisticadas redes de lavado de dinero, infiltra el sistema financiero formal. De acuerdo con un estudio del Grupo de Acción Financiera de Latinoamérica (GAFILAT), las estructuras narcoeconómicas están cada vez más integradas en economías nacionales, especialmente en sectores inmobiliarios, agrícolas y financieros, operando con la complicidad de estructuras judiciales corruptas.

Desde la década de 1990, se observa además un fenómeno preocupante: la construcción de representaciones políticas propias por parte de estos actores ilegales. A través de partidos, candidaturas independientes o financiamiento electoral indirecto, estos sectores han logrado insertarse en las estructuras del poder formal. Se han convertido en aliados funcionales del imperialismo y pilares de una dinámica política pendular, donde tanto el populismo de derecha como de izquierda se turnan en el poder sin implementar políticas reales de desarrollo, pero sí defendiendo intereses económicos específicos.

La lucha anti neocolonial.

Todo indica que las llamadas “soluciones” actuales no son suficientes para frenar el avance del neocolonialismo ni el saqueo de los territorios y recursos del Sur Global. Las políticas anticorrupción, en muchos casos, se han revelado como insuficientes o meramente cosméticas. Resulta cada vez más evidente que los líderes mundiales, los think tanks⁷ neoliberales y muchas organizaciones “ambientales” alineadas con ese mismo paradigma no conciben el cambio climático como un problema fundamental relacionado con la garantía y el ejercicio pleno de los derechos humanos centrados en las personas y en las comunidades. Ese vacío ético y político debe ser asumido por los movimientos sociales, que están llamados a dejar de lado las agendas impuestas desde el exterior y a construir un proyecto político y social propio, con una plataforma de lucha por un desarrollo justo, soberano y sustentable. Esa, y no otra, debe ser la tarea estratégica de quienes se reivindican como revolucionarios en el siglo XXI.

⁷ “Tanques de pensamiento”.

Es fundamental reconocer que estamos atravesando un momento histórico crucial para la humanidad: el surgimiento de un orden mundial multipolar. Este proceso, aún en construcción, ya muestra avances significativos que desafían la hegemonía unipolar impuesta tras la Guerra Fría. Gobiernos progresistas y democráticos de distintas regiones del planeta están enfrentando una dura batalla contra el imperialismo global y la dictadura del dólar, herramienta clave de dominación económica por parte de Estados Unidos y sus aliados. En este contexto, el movimiento antimperialista y antineocolonial se consolida como un aliado estratégico de las fuerzas emancipadoras que buscan construir una soberanía real para los pueblos.

Uno de los ejemplos más claros de esta nueva etapa es el proceso de ruptura con el neocolonialismo francés en África. Desde 2022, varios países del Sahel —especialmente las antiguas colonias francesas— han iniciado una decidida lucha por recuperar su soberanía militar, económica y política. Malí, Burkina Faso y Níger han expulsado a las tropas francesas y cancelado unilateralmente sus acuerdos de defensa, mientras que países como Chad, Gabón, Senegal, Costa de Marfil y la República Centroafricana han solicitado el retiro de las fuerzas armadas francesas de su territorio. Este movimiento marca el colapso del modelo de dominación conocido como "Françafrique", vigente desde 1959, que permitió a Francia mantener el control estratégico sobre sus excolonias africanas a través de la presencia militar y mecanismos financieros como el franco CFA, una moneda aún utilizada por 14 países africanos y controlada por el Tesoro francés.

En América Latina, los pueblos originarios —particularmente en el sur del continente— continúan una lucha histórica por la recuperación de sus tierras ancestrales, arrebatadas durante el colonialismo español y luego por los Estados republicanos que consolidaron un modelo excluyente y oligárquico. El conflicto por la tierra en países como Argentina, Chile, Brasil o Bolivia no es solo una reivindicación territorial, sino una resistencia contra el extractivismo y el modelo económico neocolonial que sacrifica territorios indígenas en nombre del "desarrollo".

La lucha contra el neocolonialismo también implica derrotar la narrativa impuesta por la "batalla cultural" del conservadurismo global, que intenta presentar la colonización como un proceso civilizatorio y de "progreso" para los pueblos nativos. Esta idea, profundamente arraigada en los sistemas educativos y en los medios de comunicación, debe ser desmontada como parte esencial del proceso de descolonización.

Parafraseando una célebre frase atribuida al Dr. Muhammad Samura:

"África y América Latina existen como tres cosas, y solo tres cosas, para los colonizadores occidentales: todo lo que querían, todo lo que necesitaban y todo lo que no querían pagar."

Por ello, apropiarnos de nuestros recursos, ejercer una soberanía integral y contribuir a la construcción de un nuevo orden mundial verdaderamente democrático es la tarea histórica que debemos asumir quienes luchamos por la justicia social, la autodeterminación y la dignidad de los pueblos.